

—No está aquí—respondió Nora con voz entrecortada.—Esto es cuanto puedo decirle. Además, es imposible decirle donde se encuentra.—Y la pobre mujer decía la verdad, si no en el fondo, en el sentido literal.—Vamos, vamos, márchese usted. Dígame antes donde podré verle mañana y yo misma iré á contárselo todo. Mis señores van á llegar de un momento á otro y puede usted imaginarse lo que pensarían de mí si encontrasen en casa á un forastero.

Esta consideración no causó el menor efecto en el alma conturbada del infeliz.

—¿Qué me importa lo que piensen sus señores, Nora? Si su amo tiene buenos sentimientos y buen corazón, sabrá hacerse cargo de la desgracia que pesa sobre mí, infeliz náufrago resucitado, y se apiadará de las malandanzas de un desdichado, cautivo en un país salvaje durante muchos años y donde guardó la vida sólo por la idea de volver á ver á su mujer y entrar en su país. ¡Ay! á cada instante pensaba en Alicia; á todas horas dirigía la palabra á la imagen de mi amada ausente. La quería más que nada en este mundo. Ea, dígame usted donde está; contésteme, inflexible Nora, usted que ha calmado su intranquilidad por mi suerte, como en este momento procura calmar la mía.

El reloj dió las diez. Era indispensable en tan crítica situación, tomar un partido decisivo.

—Si usted sale al momento de casa —dijo Nora—mañana iré á verle y lo sabrá todo. Es más; quiero enseñarle á usted su niña ahora mismo; pobre criaturita, durmiendo está allá arriba. ¡Ah señor, es usted padre y lo ignoraba! esta pobre niña es una criatura débil y enfermiza. Tiene el corazón y la inteligencia desarrollados con exceso para sus años.

La hemos cuidado con el mayor esmero; la hemos prodigado todo nuestro cariño. ¡Ah, creímos con frecuencia que no iba á poder vivir! Claro, no se le ha reñido jamás, y se le ha evitado la menor contrariedad. Si habiendo usted regresado, se llevaba á esta pobre criatura tomándola á su cuidado, la haría sucumbir. Fueron los extraños quienes se mostraron compasivos hacia ella, mientras su padre... ¡Ah, señor Frank, soy su ama, y la quiero y la cuido bien con la mayor solicitud; daría toda mi sangre por ella! Su madre la quiere con delirio y vive por ella en la zozobra: en cuanto le oye exhalar la más leve queja de dolor, la señora se desespera. En cambio, no puede manifestar la más leve alegría, sin que la madre sonría y delire de

gozo. Si vé que sus mejillas se ponen lozanas, la salud de la madre mejora al instante; pero en cuanto la vé pálida, la excelente señora languidece. ¡Ah, si Alicia—este es su nombre bendito—llegase á morir, ¿qué ocurriría?... ¡Lo ignoro, sí, porque nadie puede morirse cuando quiere! Sigame usted, señor Frank, voy á enseñarle la niña. Su visita le hará á usted un gran bien. Y luego se marchará ¿no es verdad? ¡por el amor de Dios! Una noche pasará enseguida. Mañana hará usted lo que juzgue conveniente. Nos matará á todos si á usted le parece, ú obrará como un hombre de bien, á quien Dios bendecirá en su misericordia. Venga usted, Mr. Frank; el rostro de la niña dormida le calmará á usted infaliblemente.

La excelente Nora tomó de la mano á su antiguo amo y le condujo hasta el piso superior, arrastrándole más bien que llevándole hasta la puerta del cuarto de los niños. Había olvidado la existencia del pequeño Edwin; el recuerdo de este la hirió tan solo en el instante en que distinguió, llena de terror, la cuna del niño, herida por un rayo de luz. Se dió prisa en desviar la claridad de la lámpara con la mano y la concentró toda en la pequeña Ailsie, profundamente dormida. La niña se había desabrigado

y su deformidad parecía aún más visible, porque la cubría solamente una ligera camisa, y había quedado dormida de espaldas á los que la miraban. Faltando la vivacidad de sus ojos, en aquel momento ocultos tras de los párpados cerrados, no ofrecía á la contemplación más que un rostro pálido y arrugado, de aspecto enfermizo, por más que Alicia durmiese completamente tranquila.

El infortunado padre la devoraba con la vista, abría los ojos terriblemente como si hubiera querido calentarla con la llama que despedían; más tarde, gruesas lágrimas empezaron á correr á lo largo de sus mejillas; empezó á temblar convulsivamente como si fuera á desmayarse.

Nora se reprochaba interiormente por la viva impaciencia que sentía, al verle prolongar de tal manera aquel doloroso éxtasis. Los pocos instantes consagrados por Frank á contemplar á su niña, le parecieron una hora muy cumplida.

Cuando vió que, en lugar de retirarse, Frank caía de rodillas al lado de la cuna y ocultaba su cabeza entre las sábanas, Nora no supo ya á qué santo encomendarse.

La pobre Ailsie se desesperó como si fuera á abrir los ojos, y Nora sacudió

á Frank para sacarle de su estupor. Su terror era tan grande que no quería consentir que permaneciese allí un minuto más; si Mr. Frank no se retiraba al momento la señora le sorprendería infaliblemente en aquel sitio.

Tomó, pues, al infortunado por el brazo: á la sazón en que ella le sacaba de la estancia, Mr. Frank acertó á fijar sus ojos en la otra camita.

Se paró y lo comprendió todo sin preguntar nada.

—¿Es su hijo?—dijo él.

—Sí; Dios le proteja—replicó la pobre sirvienta maquinalmente, porque su antiguo señor la miraba de una manera tan extraña que la hacía estremecer y pensar en encomendarse al protector de los afligidos.

—¡Ay, Dios me ha abandonado!—respondió con voz llena de desesperación, pues su pensamiento se fijó un instante en la terrible situación en que se hallaba.

Nora no tenía tiempo de apiadarse de él; había resuelto aplazar para el día siguiente todos los consuelos que se creía en el deber de prodigar al desgraciado.

Por fin logró llevar al pobre hombre escalera abajo. Le empujó hacia afuera y cerró la puerta bajo llave, como si los cerrojos pudieran aniquilar lo acontecido.

En seguida, Nora, entró el comedor é hizo desaparecer, como mejor pudo, las señales de la visita de su antiguo amo; subió al cuarto de los niños y allí, apoyada la cabeza entre las manos, empezó á reflexionar sobre lo que iba á suceder, sobre todas las desgracias ocurridas á un tiempo. Le pareció que sus señores tardaban en llegar, y sin embargo, acababan solamente de dar las once.

Por fin, las voces de los parientes del Lancashire, agudas y sonoras, se dejaron oír en la escalera, y entonces, por primera vez, Nora, comprendió cual debía de ser la desesperación del hombre que acababa de partir con el corazón destrozado.

Le sobrecogió un extraño temblor al ver á mistress Openshaw entrando en la habitación tranquila, sonriente, ricamente ataviada, con aire de completa felicidad.

—¿Ailsie ha dormido bien?—murmuró en voz baja al oído de Nora.

—Sí, señora.

Tranquilizada por estas palabras, la buena señora se inclinó sobre la cama de su querida Ailsie y por un momento contempló su sueño, con ojos que inflamaba el más puro amor maternal.

¡Ay! no sabía la desdichada, qué ojos

antes que los suyos se habían posado en el rostro de la hija querida...

Alicia miró en seguida á su hermoso Edwin; lo contempló, es verdad, con menor solicitud, más con un sentimiento de orgullo muy comprensible.

Luego se quitó el abrigo y salió para ir con su marido y sus parientes al comedor.

Nora no volvió á ver á su señora aquella noche.

La habitación de los niños estaba contigua á la de M. y mistress Openshaw, de manera que podían vigilar por sí mismos á los niños durante la noche. A la mañana siguiente mistress Openshaw despertó sobresaltada al oír la voz de Ailsie que la llamaba:

—¡Mamá, mamá!

En seguida Alicia saltó de la cama, se envolvió en su bata y corrió á la cama de su hija. Alicia estaba medio despierta y parecía presa de un gran terror.

—¿Quién era, mamá? dímelo.

—¿De quién hablas, hija mía? Aquí no hay nadie. Cálmate, amor mio. Debiste soñar. Estás aún medio dormida: ea, despereza los ojos que el día está radiante.

—Mamá, mamá—dijo la niña mirando á su alrededor; y abrazando estrechamente el cuello de su madre, añadió:

—Un hombre, un hombre vino aquí ayer noche.

—¿Te has vuelto loca, tontuela? Ningún hombre pudo entrar ayer noche.

—Te lo aseguro, mamá. Estaba aquí cerquita, junto á Nora; lleva el pelo largo y barba; se arrodilló aquí mismo y se puso á rezar. Nora lo sabe tan bien como yo—prosiguió Ailsie con voz irritada cuando vió que su madre balanceaba la cabeza como si dudara.

—Bueno, bueno, ya se lo preguntaremos á Nora en cuanto venga—replicó la señora para calmar á su niña.—No se hable más del asunto. Son las cinco de la mañana y es demasiado temprano para levantarte. ¿Quieres que vaya á buscar un libro para leerte un cuento?

—No, no; no me dejes, mamá—dijo la niña agarrándose á su brazo y estrechándola con todas sus fuerzas.

Mistress Openshaw se quedó pues al lado de su cara Ailsie para tranquilizarla, á cuyo fin le contó de qué suerte había pasado la noche anterior en Richmond. Poco á poco, oyendo la voz de su madre, la niña acabó por cerrar los ojos y no tardó en dormirse nuevamente.

—¿Qué tenía Ailsie?—preguntó mister Openshaw á su mujer, cuando ésta volvió á su lado.

—Se ha despertado sobresaltada, y me ha dicho que había visto—en sueños

seguramente — á un hombre rezando arrodillado junto á su cama.

Estas fueron las únicas palabras que mediaron entre los dos consortes sobre el asunto.

A las siete, apenas Ailsie se levantó, ya había olvidado por completo el incidente, pero un momento después llegó á sus oídos un altercado bastante vivo en la habitación de los niños. Nora hablaba á Ailsie con voz colérica, cosa en ella harto desusada.

M. y mistress Openshaw prestaron atento oído, con alguna estupefacción.

—Cállate, Ailsie—decía la sirvienta—no quiero que me sigas contando tus sueños. Sobre todo no vayas á contar á nadie un desvarío tan necio. Te lo prohibo.

Ailsie se puso á llorar.

M. Openshaw abrió la puerta de comunicación antes que su mujer pudiera impedirlo.

—Nora, venga usted—dijo.

El ama se adelantó hacia la puerta sin atreverse á chistar. Comprendió que la habían oído, pero resolvió ofrecer la resistencia más absoluta.

—No hable usted de esta manera á Ailsie—dijo el señor con tono imperioso y que no admitía réplica.

Y cerró la puerta inmediatamente.

Nora se tranquilizó, porque había

temido que le dirigieran alguna pregunta enojosa.

Se prestaba perfectamente á que la reprendieran, pero estaba decidida á no consentir que la hicieran objeto de un interrogatorio.

La familia bajó al primer piso.

M. Openshaw llevaba en brazos á Ailsie y tras él seguía su mujer dando la mano al robusto Edwin. Sentaron á los niños en sillas altas alrededor de la mesa en que estaba ya puesto el desayuno; y M. y mistress Openshaw se acercaron á la ventana, esperando á sus huéspedes, hablando de cosas indiferentes y formando planes para el día que empezaban.

Por fin reinó un gran silencio. M. Openshaw se volvió de repente hácia Ailsie y le dijo:

—Tontuela, ¿por qué has de soñar cosas tan extrañas, despertando á mamá cuando está cansada y necesita dormir, para contarle á horas tan atroces que has visto á un hombre en tu cuarto?

—Papá—exclamó la niña con los ojos llenos de lágrimas—puedes estar seguro de que no me engaño. No quiero hacer enfadar á Nora, pero conste que no dormía aunque ella diga lo contrario. Acababa de abrir los ojos, y la misma pavora no me permitió decir una palabra cuando ví al hombre... Le he visto, sí,

con los ojos entreabiertos. Llevaba una barba muy espesa; rezaba con gran devoción, y cuando volvió á levantarse, fué á mirar á Edwin. Nora entonces le ha cogido del brazo para llevarle fuera del cuarto, y se hablaban en voz baja.

—Vamos, amor mío, sé razonable—dijo Alicia.—No había ningún hombre ayer noche en casa. Reflexiona, querida: ningún extraño entra en casa cuando estoy fuera, y con mayor motivo nadie entraría en el cuarto en que dormís tú y tu hermanito. A menudo soñamos que pasa una aventura cualquiera, y el sueño se parece tanto á la realidad, que estás muy lejos de ser la primera persona que haya tomado un sueño por cosa real.

—Te juro que no me he engañado—dijo Ailsie poniéndose á llorar.

En el momento en que se desarrollaba esta escena, M. y mistress Chadwich bajaron de su habitación con aire grave y afligido.

Durante todo el rato del desayuno guardaron el más profundo silencio; parecía que estuvieran incomodados. En cuanto los criados hubieron levantado la mesa, y los niños salido del comedor, Mr. Chadwich inició la conversación preguntando á su sobrino si estaba seguro de la honradez de sus criados, porque su mujer había perdido un bro-

che de gran valor que llevó la víspera, y que á pesar de toda clase de pesquisas no había encontrado en parte alguna. Mistress Chadwich se acordaba perfectamente de haberlo dejado encima de la mesa de su cuarto al volver del palacio de Buckingham.

Mr. Openshaw se descompuso ante las preguntas impertinentes de su tío y reveló el temperamento seco y adusto que le caracterizaba antes de la época en que casó con Alicia y adoptó á su niña. Tocó el timbre con cierta violencia, antes de que su tío acabase el discurso.

La camarera entró al cabo de unos segundos.

—Mary, ¿vino alguien ayer noche durante nuestra ausencia?

—Sí, señor; un hombre que preguntó por Nora.

—¿Por Nora? ¿Quién era este hombre? ¿Estuvo aquí mucho tiempo?

—No podría precisarlo. Vino á eso de las nueve. Fui á avisar á Nora que estaba en el cuarto de los niños, y bajó para hablar con el desconocido. Ella es quien le abrió la puerta cuando se marchó. Nora debe de conocerle y podrá enterarle á usted de todo.

La camarera permaneció todavía algunos segundos delante del señor, esperando que la interrogara; pero viendo

que no le preguntarían ya nada, se retiró.

Momentos después, M. Openshaw se levantó, como si fuera á salir del comedor, pero su mujer le retuvo, cogiéndole una mano.

—No hables á Nora delante de los niños—le dijo en voz baja.—Yo la veré. Voy á subir y yo misma la interrogaré.

—No; yo me encargo de este asunto. Debo anunciaros—prosiguió el marido volviéndose hacia los tíos Chadwick—que mi mujer tiene á su servicio á una vieja criada, de una fidelidad á toda prueba, que nos quiere entrañablemente, así al menos lo creo; tiene un defecto nada más, un gran defecto, que es el de no decir siempre la verdad; bien lo sabes, Alicia. Nora—tal es su nombre—estará enamorada de un perdido, no cabe duda, porque ha llegado á la edad en que las mujeres piden al cielo que les otorgue un marido aunque fuere de la casta de Barrabás; así puede explicarse que haya introducido á ese individuo en casa. Opino que éste ladrón de corazones es también el ladrón de vuestro broche y quizás de algunos otros objetos de valor que guardábamos en casa. Ello demuestra que Nora tiene el corazón demasiado sensible y no se contenta ya con simples mentiras. Eso

es cuanto debía decirte sobre el asunto, Alicia.

Era realmente curioso ver á M. Openshaw pronunciando lo que acabamos de transcribir. El tono de su voz, la expresión de sus ojos, la animación de su semblante, todo revelaba un esfuerzo interior; pero no se abandonó ni por un momento á la ira que cundía en su espíritu. Alicia no trató pues de oponerse á la voluntad de su marido; subió la escalera hasta el cuarto de los niños y dijo á Nora que el señor deseaba hablarle y que por lo tanto ella cuidaría de los niños.

Nora se levantó y salió sin pronunciar una palabra. Se decía interiormente mientras bajaba la escalera:

—Que me descuarticen antes que pronunciar la menor palabra. Mr. Frank volverá si quiere. Si vuelve, Dios nos tenga de su mano; ó hartó me engañó ó aquí va á pasar una catástrofe. De todos modos él habrá sido el causante de todas las desdichas, porque yo no quise tomar cartas en el asunto.

Fácilmente se adivina con qué firme resolución entró Nora en el comedor donde le esperaba M. Openshaw, enteramente sólo, ya que M. y mistress Chadwick, viendo á su sobrino presa de una gran cólera contenida, habían creí-

do prudente retirarse confiándole el cuidado de sus intereses.

—Nora, ¿quién es el hombre que vino ayer noche á mi casa?

—¡Un hombre, señor!—respondió ella, fingiendo con el tono de voz una gran sorpresa, pero en realidad tratando de ganar tiempo.

—Sí, un hombre al que Mary ha abierto la puerta; Mary le avisó á usted su venida; usted estaba en el cuarto de los niños y bajó aquí para hablarle y luego subieron juntos al piso de arriba para hablar con más libertad. Este es probablemente el individuo que vió Ailsie y en el cual ha soñado, imaginando, pobrecilla, que el desconocido rezaba oraciones, aunque estoy persuadido de que nada estaba más lejos de la mente de ese truhán. En una palabra, él es quien ha robado el broche de mistress Chadwick, una joya valorada en más de diez libras. Ahora, présteme usted atención. Con la misma certeza en que vivo de que mi nombre es Tomás Openshaw, estoy persuadido de que usted no sabe una palabra de este robo, y no tiene usted en él la menor participación; pero asimismo tengo la convicción de que es usted víctima de este miserable; y lo comprueban grandes indicios. Ha logrado engañarla con palabras seductoras y,

como todas las mujeres, ha mordido usted el anzuelo y le ha abierto su corazón. Ayer noche vino á hacerle la corte y usted le hizo entrar en el cuarto de los niños; como es natural, el muy truhán se aprovechó de su confianza y escapó llevándose lo que estaba al alcance de su mano. Fijese usted bien, Nora: solo la reprendo por una leve falta, por una ligereza; otra vez sea usted más prudente. Dígame, Nora, cómo se llama el individuo. Puedo asegurarle anticipadamente que la ha engañado á usted, y la policía, gracias al dato que le pido, logrará descubrir algo.

Nora se levantó como movida por un resorte.

—Me pregunta usted en balde; puede usted reirse cuanto guste de la mala suerte que me ha impedido hallar un hombre con quien casarme; puede usted reirse de mi simplicidad, M. Openshaw. Yo no le contestaré. En cuanto á la historia del broche y del robo cometido en esta casa, y aun suponiendo que hubiese recibido la visita de un amigo, cosa que usted no podrá nunca probar, porque lo niego, esta persona fuera tan incapaz de cometer semejante infamia, como usted mismo, M. Openshaw. Y no exagero, porque dudode que usted haya adquirido legitimamente todo lo que usted posee, y de que lo poseyera largo



tiempo si se restituyésemos á cada uno lo que se le debe.

No hay que decir que Nora hacía mentalmente alusión á la mujer del negociante; pero M. Openshaw juzgó que se refería á sus bienes y á su fortuna.

—Ea, pobre Nora—replicó,—me veo obligado á decirle que jamás he depositado gran confianza en usted, solo que mi mujer ha sentido siempre hacia usted un afecto sin límites y yo he llegado á creer que tenía usted algunas buenas cualidades. Le advierto á usted que, si continúa tan impertinente conmigo, la pondré en manos de la policía; ella se encargará, en pleno tribunal, de arrancar la verdad de sus labios, ya que usted se resiste á responderme por vía amistosa. Créame usted; lo mejor que puede usted hacer es declarar el nombre de ese fulano. Reflexione usted; un hombre vino á mi casa y preguntó por usted. Usted le llevó arriba y esta mañana ha desaparecido un broche de valor. Todos sabemos que usted, Mary y la cocinera, son honradísimas, pero usted se resiste á decirme el nombre del desconocido que vino á mi casa, y lo que es más, miente descaradamente al decir que nadie entró en mi casa ayer noche. Quiero todavía dirigirla una observación: ¿Cómo piensa usted que obraría un magistrado ó un

jefe de policía á quien usted contestara lo mismo que á mí? No lo dude, uno y otro le forzarían á usted á decir la verdad inmediatamente.

—No habría poder en el mundo que me indujese á hablar—repuso Nora.

—Pues yo tengo grandísimos deseos de intentar que se le despeguen los labios—añadió M. Openshaw, á quien enfureció el reto de Nora.

Pero el honrado comerciante rechazó toda sentimiento hostil y procuró conservar la calma.

—Nora, por consideración á su desgracia—dijo—no quiero llevar las cosas á un terreno peligroso para usted. Demuéstreme usted que es usted mujer de buen corazón, demuéstrela en cuanto pueda. No es ninguna baja confesar que uno ha sido engañado. Se lo pido una vez más, amistosamente: ¿quién era el hombre que usted introdujo en mi casa ayer noche?

La pobre mujer no respondió, y su amo repitió la pregunta con acento que revelaba una gran impaciencia. Nora permaneció inmovible; apretó los labios como si hubiese querido cerrar la boca para no abrirla jamás.

—Vamos, no queda más recurso que acudir á un polizante.

—¡Oh, no vaya usted, no, señor!—gritó Nora, quien se puso á temblar al oír

estas palabras.—No cometa usted semejante imprudencia. Ningún polizante podrá tocarme un cacho del vestido. Ignoro la suerte del broche extrañado; lo que me consta es que durante toda mi vida, he deseado la felicidad de su mujer antes que la mía; que desde el momento en que la encontré, pobre huérfana criada en casa de su tío, me he ocupado de su felicidad mucho más que de la mía; que yo la he cuidado á ella y á su niña más que á mi propia persona! No le censuro, señor Openshaw, porque me amenaza como lo está haciendo: pero declaro que es poco caritativo proponerse labrar mi desdicha, como usted intenta ahora. Porque al fin y al cabo cualquier día, más pronto de lo que usted piensa; sus actos se volverán contra usted y se verá usted abandonado de todos. ¿Por qué mi señora no viene á lanzarme esa acusación en pleno rostro? ¿Quizá ha salido ella misma en busca de la policía? No permanezco aquí un momento más, ni para esperar á la policía, ni para complacer á usted. Decididamente tiene usted mala suerte y creo que una fatalidad pesa sobre su cabeza. Sí; me marcho ahora mismo. Sólo una pena me embarga; la de abandonar á la pobre Ailsie. Adiós, no le pasará nada agradable.

Mr. Openshaw quedó estupefacto al oírle hablar de esta suerte: sus palabras eran realmente enigmáticas é inteligibles para él, como fácilmente puede comprenderse.

Antes que Mr. Openshaw hubiese imaginado lo que convenía decir ó hacer, Nora había salido del comedor; pero no hay que pensar que el comerciante hubiese tenido jamás la intención de llamar á la policía para entregarle la pobre criada de su mujer, pues nunca había creído á Nora capaz ni de una indelicadeza. El único fin que perseguía era forzarla á cantar el nombre del individuo que había entrado en su casa; pero no lo logró. Esto es lo que le puso en tan grave estado de exasperación. Volvió, pues, á reunirse con sus tíos, sin que intentara dominar la cólera que le agitaba interiormente, ya que en el fondo estaba disgustadísimo por verse obligado á participar el fracaso de sus gestiones cerca de Nora.

En aquel mismo instante su mujer entró en la habitación de sus parientes, presa de una gran agitación, y preguntó á su marido qué pudo haberle ocurrido á Nora, á quien había visto ponerse el abrigo, el sombrero y lanzarse á toda prisa á la calle.

—Esta conducta es apropósito para inspirar sospechas,—exclamó M. Chad-

wick. — No obrara así una persona honrada.

M. Openshaw guardó silencio, porque experimentaba una gran perplejidad, pero su mujer volviéndose hacia su tío, le dijo con altivo acento, en ella sumamente insólito:

—Usted no sabe quien es Nora, señor Chadwick: si ha salido será por estar gravemente ofendida porque se ha sospechado de ella. Siento muchísimo no haber sido yo misma quien le haya visto é interrogado. A mí se me hubiera confiado sin reservas—añadió, levantando los brazos y retorciendo las manos.

—Te advierto—añadió el tío dirigiéndose en voz baja á su sobrino—que no entiendo una jota tu temperamento. Antes eras de una vivacidad sin igual; te ofendías por la menor palabra y atacabas aun antes de ser ofendido; en cambio ahora, en presencia de sospechas fundadas, nada haces para descubrir la verdad. Tu cara mitad es una mujer excelente, es verdad, pero es igualmente cierto que puede ser víctima de un engaño. Si no envías á buscar á la policía, yo mismo iré por ella.

—Muy bien—replicó Mr. Openshaw con aire contrariado; me es imposible salvar á Nora de este mal paso. Todo esto le concierne; es realmente un asun-

to exclusivo de ella. Yo me lavo las manos. Por lo demás, estoy convencido de que es una buena mujer; estuvo mucho tiempo al lado de mi mujer, aun antes de mi matrimonio, y es un gran disgusto para mí ver su reputación comprometida.

—¡Bah!—objetó el tío del comerciante—cuando Nora se halle en un aprieto, verá obligada á hablar para disculparse... Sí: este es el camino más eficaz.

—Muy bien, muy bien, pero le confieso que este asunto es muy enojoso. Vamos, Alicia; volvamos á los niños; acaso necesitan nuestros cuidados. Al fin y al cabo, tío—añadió, dirigiéndose á su pariente, después de haber notado la turbación y la ansiedad de su mujer, en cuyos ojos brotaban ya las lágrimas—no llamaré á la policía. Compraré á mi tía un broche hartos mejor que la joya perdida ó robada; lo tendrá hoy mismo. Pero no quiero que se dañe á Nora ni que se disguste á mi Alicia. Esto es cuanto tenía que decirle.

Y dichas estas palabras salió del cuarto con su mujer.

Apenas Mr. Chadwick comprendió que su sobrino estaba ya bastante lejos para que no oyera sus palabras, dijo á su mujer, mirándola á la cara:

—A pesar de los deseos de mi sobrino Tomás, yo, que no soy tan estoico como

él, voy á buscar á la autoridad para poner á alguien sobre el rastro del ó de la culpable. Hazme el favor de no enterar á nadie de mi diligencia.

Efectivamente, Mr. Chadwick se dirigió por el camino más corto á las oficinas de la policía y prestó su declaración delante del oficial competente. Los alguaciles del barrio corroboraron su opinión sobre la culpabilidad de Nora, la cual les pareció, como á él mismo, autora del robo del broche. Tomáronse al punto las medidas necesarias para dar con la sirvienta. Según todas las probabilidades, habría ido á buscar al individuo que fué ó debía de ser su novio; y cuando Mr. Chadwick preguntó á los agentes cómo se las arreglarían para descubrir el paradero del individuo, los empleados sonrieron, menearon la cabeza y hablaron al provinciano de ciertos medios infalibles, misteriosos, que les eran peculiares.

El tío volvió á casa de su sobrino, después de esta secreta escapatoria, completamente satisfecho de su sagacidad y de su energía.

Cuando subía la escalera que conducía á su estancia, encontró á su mujer que se le acercaba con aire de ir á pedirle perdón.

—Ya he encontrado el broche; estaba prendido en uno de los pliegues del ves-

tido de seda negra que llevaba ayer. Me desnudé precipitadamente y de seguro se engancharía allí sin que yo lo notara. Estaba ahora colgando la ropa en el armario del cuarto del lavabo, y de repente, cuando la doblé para guardarla, he descubierto el broche. Siento mucho cuanto ha pasado, pero yo creía que estaba realmente perdido.

—Vete al diablo con tu broche—murmuró el marido, sumamente incomodado por todo este asunto.—Quisiera no haberte hecho jamás semejante regalo.

Pronunciadas estas palabras, que su mujer no oyó, tomó el sombrero y corrió á las oficinas de la policía esperando llegar á tiempo para impedir que los agentes empezasen las pesquisas. Pero ya era tarde. Los alguaciles habían salido en busca de Nora.

Volvamos ahora á la pobre criada.

Nora, única poseedora del terrible secreto que había de causar la ruina de su señora, no había cerrado los ojos en toda la noche, preocupada con los planes y proyectos de lo que haría á la mañana siguiente.

Se sentía presa de terrible ansiedad cuando Ailsie le dirigió una pregunta referente al *hombre* que la pobre criatura designaba así sin saber que se trataba de su pobre padre. Ultimamen-

te, cuando lanzaron contra ella una acusación calumniosa que atacaba su probidad, perdió la cabeza y, corriendo á su cuarto, no se le ocurrió más que ponerse el abrigo y el sombrero y huir de casa, y lo hizo con tanta precipitación que se olvidó el monedero. Quedarse un instante más en aquella casa le parecía imposible.

Al menos, así lo creía entonces.

La pobre mujer ni aún quiso ver á los niños antes de marcharse, temerosa de que su vista debilitara su resolución. Más que todo, Nora temía la llegada de Mr. Frank, quien vendría quizás á reclamar á su mujer. ¿Qué consuelo, qué remedio le hubiera sido dable aportar á una desgracia tan tremenda, y por qué razón se había de quedar en casa de M. Openshaw para presenciar lo que había de ocurrir inevitablemente? Lo cierto es que el deseo de evitar la escena que temía, le impulsó á huir con mayor eficacia que el dolor y el resentimiento muy justos que sentía por haber sido acusada de indelicadeza; y no obstante era esta última causa la que había colmado la medida.

Nora, una vez fuera de la casa, avanzó á grandes pasos, sin pensar en reprimir sus quejidos y sollozos, pues si se había contenido durante la noche anterior, debía al miedo á causar estupe-

facciones, á dar lugar á preguntas que le hubiera sido de todo punto imposible satisfacer.

Con todo, Nora acabó por detenerse; pensó por un momento en salir de Londres para volver á la ciudad en que había nacido; á Liverpool. En el momento en que Nora pasaba por Enston Square, cerca de la estación, se llevó maquinalmente la mano al bolsillo para buscar el monedero y entonces descubrió que lo había dejado en casa de Mr. Openshaw. Tenía la cabeza ardiendo, los ojos encendidos á fuerza de llorar; pero tuvo la fuerza de dominarse y reflexionó sobre el mejor partido que podía tomar.

De pronto la desgraciada se dijo que le interesaba ver á mister Frank con el cual se había mostrado muy dura la noche anterior, aunque apenas le vió hubiese sentido el pobre corazón desgarrado imaginando cual sería su desesperación. Se acordó de lo que había dicho referente á sus señas, en el momento en que ella le había obligado á salir bruscamente de casa. Frank vivía en un cierto hotel situado en una calle vecina á Enston Square. Se dirigió al lugar designado sin saber lo que iba á hacer, pero con el deseo de aliviar su conciencia del peso que la oprimía y á fin de declararle toda la piedad que su desgracia

inspiraba á su buen corazón. La emoción que la agobiaba cruelmente, la impedía dar el más pequeño consejo y vedar al desgraciado los actos que meditaba; todo cuanto podía hacer, se reducía á llorar y consolar al afligido.

El dueño del hotel respondió á Nora que efectivamente la persona por quien preguntaba había venido á vivir en su casa.

Llegado el día anterior por la tarde, el extranjero había salido algunos momentos después, dejando su equipaje en la habitación que le fué designada; pero este individuo no había reaparecido. Nora suplicó á la gente de la casa que le permitieran esperar allí mismo la vuelta del gentleman. La esposa del dueño del hotel—cuyos temores de una huída sin pago de la estancia quedaban suficientemente compensados por el equipaje del viajero,—hizo entrar á la pobre sirvienta en un cuarto cuya puerta tuvo la precaución de cerrar con llave.

Nora, cuya fatiga moral y física era extraordinaria, no tardó en dormirse, pero su sueño, que duró muchas horas, fué febril y agitado.

Mientras todo esto pasaba, el agente de policía había dado con el rastro de Nora. La siguió paso á paso hasta el momento en que entró en el hotel, y so-

licitó de la dueña de la casa que bajo un pretexto cualquiera retuviese á la criada, sin dar á esta orden otro fundamento que el de su poder discrecional. La señora de la casa se felicitó interiormente de haber tenido la buena inspiración de cerrar la puerta con llave. Tomadas estas medidas, el agente de policía se volvió á la oficina de su distrito para redactar su información. Hubiera podido llevar á Nora consigo, pero le pareció conveniente volver más tarde para descubrir, si era posible, algún dato respecto al hombre á quien se atribuía el robo del broche. Al llegar á la oficina, el agente supo que la joya había sido hallada y que por consiguiente la acusación carecía de fundamento; por esta razón no cuidó de volver al hotel, temiendo una situación ridícula que comprometiera el prestigio del cuerpo á que pertenecía.

Nora durmió, pues, hasta hora muy avanzada de la tarde. De pronto se despertó al oír llamar á la puerta. Pensó que podía ser Mr. Frank y echando atrás sus pobres cabellos grises que se le habían caído sobre los ojos, permaneció de pie, dispuesta á afrontar los acontecimientos.

En lugar del que esperaba, se presentaron delante de ella Mr. Openshaw y un agente de policía.

—Esta mujer es Nora Kennedy—dijo simplemente el negociante al que le acompañaba.

—¡Ah, señor,—gritó la sirvienta hecha un mar de llanto—yo no he robado el broche! Juro que en mi vida he visto esta joya. Ay! ¿ha sido menester que viviese largos años para ser víctima al fin de una indigna traición?

Apenas hubo dicho estas palabras entrecortadas por los sollozos, Nora aterrorizada, fuera de sí, cayó desmayada al suelo.

Con gran sorpresa suya, vió á mister Openshaw que la tomaba en sus brazos y la levantaba afectuosamente. El mismo polizonte ayudó al comerciante á trasladar la criada á un sofá; luego, por encargo de Mr. Openshaw, salió para pedir vino y sandwiches, porque la desgraciada parecía próxima á morir de hambre y de fatiga.

—Nora—le dijo Mr. Openshaw con el tono más tierno de que era capaz—ya hemos encontrado la joya; estaba prendida en el vestido de mistres Chadwick. Le pido á usted perdón de haber sospechado de usted. Sí, perdóneme, excelente mujer, si he creído por un momento que usted era capaz de semejante infamia. Mi pobre Alicia está desconsolada. Vamos, pobre Nora, coma usted un poco, ó mejor, beba primero

una copa de vino—dijo el buen señor, tomando una botella de sherry y llenando una copa mientras sostenía con el brazo la cabeza de la pobre mujer.

Mientras la infortunada bebía el sherry, empezó á acordarse de lo que había pasado, pensó en el lugar en que se hallaba y en la persona á quien esperaba en aquel cuarto.

De repente apartó bruscamente de su lado á Mr. Openshaw, dirigiéndole estas palabras, incomprensibles para el comerciante:

—¡Váyase usted! ¡márchese! es necesario que no permanezca aquí un momento más. Si él volviera, le mataría á usted.

—Nora, yo no sé quién es *él*; lo que puedo á usted decirle es que una persona que usted conoce se ha ido para no volver jamás; se trata de una persona por la que se tomaba usted grandísimo interés.

—No le comprendo á usted—dijo Nora á quien causaban más asombro las palabras y los actos afables de su señor que la noticia que le traía.

A una señal de Mr. Openshaw, el agente de policía salió de la habitación y el comerciante quedó á solas con el ama de su hijo.

—Ya sabe usted lo que quiero decir, al asegurarle que una persona que us-

ted conoce se ha marchado para no volver. Quiero decir que ha muerto.

—Pero ¿quién ha muerto?—exclamó Nora que temblaba de pies á cabeza.

—Un desgraciado á quien hallaron esta mañana, ahogado en el Támesis.

—¿Se ha suicidado?—interrogó Nora con voz solemne.

—Dios solamente podría responder á esta pregunta—repuso Mr. Openshaw de la misma manera.—Se le ha encontrado en uno de los bolsillos un papel con el nombre de usted y su dirección, que es la de mi casa, y una bolsa y nada más. Oh, siento infinito verme obligado á decirle, querida Nora, que es indispensable vaya usted á comprobar su identidad.

Al pronunciar estas palabras, el comerciante casi había hecho una pausa en cada sílaba, á fin de que comprendiera bien lo que se exigía de ella, pues temía que Nora hubiese perdido ó poco menos la razón, á juzgar por la expresión hosca de sus ojos que se le saltaban de las órbitas.

—¡Señor!...—dijo al fin.—Debo comunicarle un secreto terrible; pero antes de que se lo revele, prométame usted que no dirá jamás una palabra á nadie. Solamente usted y yo lo sabremos en este mundo. Había creído que podría obrar sola sin causarle un disgusto; pero

harto veo que es imposible. ¡El desgraciado, sí, el desgraciado que se ha ahogado en el Támesis era Mr. Frank, el primer marido de mi señora!

Mr. Openshaw se dejó caer en una silla como herido por un rayo. Sin pronunciar una palabra, indicó á Nora con un gesto que continuara su relación.

—¡Sí! el infeliz vino á encontrarme ayer noche, en el momento en que—alabado sea Dios—ustedes estaban en Richmond. Me preguntó si su mujer vivía ó había muerto. ¡Ah! me porté con él con harta rudeza, porque me preocupaba más la vuelta de ustedes á casa, que su consuelo. Le dije, y de ello me arrepiento con toda mi alma, que se había vuelto á casar, que era feliz y no pensaba en él. Yo, yo fui la causa de su dolor, yo soy quien le ha matado.

—¡Dios nos valga!—exclamó mister Openshaw.

—¡Que el cielo nos perdone á todos!—repuso Nora.—El infeliz tiene menos necesidad de perdón que cualquiera de nosotros. Le cautivó una horda de salvajes, después de haberle lanzado una tempestad á una costa desconocida, no sé en qué país; y había escrito muchas cartas á su mujer que ella no recibió nunca.

—¿Ha visto á su niña?

—Sí, la ha visto. Le llevé hasta la



cama de Ailsie, para dar otro curso á sus pensamientos, y porque se lo había prometido. ¡Dios mío! ¡Creí morirme cuando me ha dicho usted que se había ahogado! ¡Oh, sí! Él es quien se ha arrojado al Támesis.

Mr. Openshaw tiró del cordón de la campanilla; Nora estaba demasiado extenuada para averiguar lo que iba á hacer su amo.

Este pidió recado de escribir, y escribió una carta.

—Participo á Alicia,—dijo á Nora,— que me veo obligado á ausentarme por algunos días y que ya le he encontrado á usted. Le participo asimismo que usted se encuentra bien, que le envía afectuosos recuerdos y que mañana volverá á casa... Usted vendrá conmigo al Police-Court para reconocer el cadáver. Después haré las gestiones oportunas cerca de los periodistas para que no den detalles del suicidio; gastaré cuanto fuere menester.

—Pero... ¿dónde vá á pasar usted estos días... señor?—preguntó Nora.

Mr. Openshaw no respondió directamente á esta pregunta. Se contentó con decir á la criada un momento después:

—Nora, quiero acompañarle, porque quiero ver cara á cara á este hombre á quien he causado una desgracia tan terrible: sin saberlo, es cierto, aunque

en el fondo de mi corazón experimente la sensación de haberlo asesinado. Haré que se le tributen los últimos honores como si fuera mi propio hermano. ¡Ah, cómo ha debido de odiarme! Usted comprende, Nora, que no puedo volver á mi casa, á mi mujer, antes de haber cumplido este deber sagrado. Este secreto pesará toda mi vida sobre mi corazón. No tema usted que diga una palabra; espero de usted que guardará asimismo el secreto.

Mr. Openshaw estrechó efusivamente las manos á Nora, y desde aquel momento ni uno ni otro hicieron jamás la más pequeña alusión á esta terrible historia.

Nora volvió al lado de Alicia al día siguiente, y ésta no le dirigió ni una palabra respecto á su brusca salida del día anterior, ni á la acusación lanzada contra ella. Es verdad que su marido al escribirle, le había suplicado que no hiciera la menor alusión á aquel triste asunto. Guardó, pues, el más absoluto silencio sobre el particular y se limitó á tratar á Nora con el más tierno respeto, como para hacerle olvidar las sospechas que habían recaído sobre ella.

Alicia nada hizo para averiguar por qué causa Mr. Openshaw se había ausentado durante la visita de sus tíos,

aun habiendo dicho que era indispensable hacer una buena acogida á sus parientes. Cuando volvió á su casa, estaba serio y parecía tranquilo; pero desde esta época se volvió excéntrico en su manera de obrar; resultaba menos serio y menos activo que de ordinario. Si su voluntad seguía resuelta, su regla de conducta era diferente de la de otros tiempos. Le hubiera sido difícil mostrar más afecto á Alicia del que hasta entonces le mostrara; pero hubiérase dicho que ahora la miraba como á una criatura sagrada y que quería tratarla siempre con la más viva delicadeza y el mayor respeto.

Mr. Openshaw continuó sus operaciones comerciales y ganó una gran fortuna, de cuya mayor parte hizo donación en vida á su mujer.

Muchos años después de los acontecimientos que acabamos de relatar, Alicia murió, y algunas semanas después de esta penosa separación, Ailsie y «su padre»—este el nombre que la pobre criatura daba á Mr. Openshaw—se encaminaron á un cementerio situado á alguna distancia de Londres.

La camarera de la pobre Ailsie la llevó junto á una tumba, y volvió al coche que el negociante y la hija de Alicia habían tomado para asistir al campo santo.

Sobre un pequeño montón de tierra se veía una lápida en que aparecían grabadas las iniciales F. W. y una fecha.

Y nada más. Mr. Openshaw se sentó en el borde de la tumba y contó á Ailsie la historia de su padre. Entonces lloró por la primera vez en su vida, al menos delante de la pobre niña, sobre la suerte malhadada del padre que Ailsie no había conocido.

—Pues es una historia realmente interesante—dije á Jarber en el momento en que doblaba los papeles que contenían el primer episodio de sus descubrimientos, y me miraba con aire triunfante. Es una historia conmovedora y el final me ha impresionado dolorosamente. Pero...

Pronunciada la última palabra, me callé para examinar á Trottle.

Este protestó, dejando oír una tos sonora, real ó simulada.

—Bueno—exclamé yo perdiendo la paciencia:—¿no adivina usted que deseo me dé su parecer, no que tosa como si padeciese de reuma?

—Cierto, señora—me respondió Trottle, mostrando una terquedad á pesar de todo respetuosa, que hubiera vuelto loco á un santo.—¿Quiere usted que diga lo que me parece esta historia?

—Sí, sí—dijo Jarber.—Deseo conocer la opinión de este buen hombre sobre la historia que acabo de contar.

—Pues bien, señor—replicó Trottle:—yo deseo saber ante todo por qué la casa de enfrente no se alquila nunca, y su narración no me enteró en lo más mínimo de la causa del fenómeno. He aquí cuanto debía manifestar por ahora.

En aquel instante, de buena gana habría llevado la contraria á mi terco criado; pero por patética que fuera la historia, comprendí que Trottle había señalado el punto flaco de la narración de Jarber, por lo menos en cuanto al objeto propuesto.

—¿Esto es todo lo que tenía que decirme?—replicó mi antiguo amigo.—Entro anunciando á su señora que le daré á conocer algunos descubrimientos por mí realizados, y usted, sin tener paciencia para esperar algo más, formula rotundamente la conclusión de que la primera historia no resuelve ninguna de nuestras dudas. ¡Bah! Con su permiso, señora, voy á leerle el capítulo segundo, aunque no fuera más que con el objeto de ilustrar á mi obstinado oyente.

—Me queda todavía mucho trabajo por hacer, señora—observó Trottle, quien se dirigió hacia la puerta en el

momento en que yo rogaba á Jarber que continuase la lectura.

—No importa; quédese—le dije con tono seco é imperioso.—Dé usted á Mr. Jarber todas las facilidades para responder á la objeción que usted le ha hecho.

Trottle fué á sentarse en un rincón afectando el estoicismo de un martir, y Jarber continuó, vuelta la espalda á su rival, pero con voz más animada que antes.